

GENIO Y FIGURA
DE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Benito Madariaga de la Campa



Santander
Real Sociedad Menéndez Pelayo
CONFERENCIAS Y DISCURSOS
2011



GENIO Y FIGURA
DE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

GENIO Y FIGURA
DE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

*Correspondiente de la Real Academia de la Historia
Presidente Honorario de la Real Sociedad Menéndez Pelayo*



Foto de Portada:

Busto de D. Marcelino Menéndez Pelayo donado en 1912 por el escultor Juan Bautista Folía Prades (1881-1945) y recuperado en 2009 por la Escuela Taller del Ayuntamiento de Santander. Foto: Esteban Sainz Vidal.

Conferencia leída en la Cátedra de la Biblioteca de Menéndez Pelayo el 19 de noviembre de 2009, festividad de San Máximo de Cesarea, Padre Capadocio y Mártir.

I.S.B.N.: 978-84-938719-1-8
Depósito Legal: SA-652-2011
Imprime: Imprenta Cervantina
Edita: Real Sociedad Menéndez Pelayo
<http://www.sociedadmenedezpelayo.es>
Tfno: +34. 942 203 100. Exr: 60390
Solicitudes: administracion@rsmp.es

ÍNDICE

Breve exordio	9
Formación y primeras manifestaciones de vida intelectual	9
Familiares, maestros y discípulos	11
Las grandes obras de juventud	17
Las grandes obras de madurez	26
La gloria de lo que fue ... y de lo que pudo haber sido	33
Apéndices	37

GENIO Y FIGURA DE MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Breve exordio

En la actualidad, la obra de Menéndez Pelayo (1856-1912) está sometida a revisión, libre de panegíricos y reprobaciones de carácter político o religioso que tanto le han perjudicado y, sobre todo, puede estudiarse con completa independencia. Por ello voy a referirme a luces y sombras de su vida, sin caer en exageraciones, teniendo en cuenta los factores humanos y los condicionantes políticos y religiosos que, de alguna manera, conformaron su obra. La familia, los amigos y el apoyo oficial tuvieron especial importancia sobre su substrato intelectual que, pocas veces, se daba en una persona con sus características.

Formación y primeras manifestaciones de vida intelectual

Cuando Pérez Galdós inicia sus primeros veraneos en Santander, aparece como promesa intelectual un muchacho en su fase de estudiante universitario que se revela como una futura personalidad de Cantabria. La ciudad de Santander conocía, a través de una minoría, los valores y proyectos de aquel joven dotado de una genial precocidad. Se conserva la lista y los ejemplares que tenía en 1868 en su librería con veinte obras impropias de su edad de doce años. Entre ellos: *Traité de l'existence de Dieu*, de Fénélon, regalo de su padre; *El arte de hablar en prosa y verso*, de Hermosilla; cinco tomos de la Biblioteca de clásicos españoles; los cuatro tomos de la *Historia de Inglaterra*, de Goldsmith; *Opera omnia* de Catulli et Propertii, etc.

El análisis de sus ejercicios escolares llama igualmente la atención por ser merecedores de premio en cuanto a conoci-

mientos, memoria y exposición. Por ejemplo, el que escribió en junio de 1871, cuando tenía catorce años y medio, que presenta a premio extraordinario en la sección de Letras del bachillerato, es un examen en el que Menéndez Pelayo niño refleja muy bien su personalidad en la síntesis que hace del tema de una forma brillante y en un estilo que después habría de serle característico. El tema libre que le pusieron, no figuraba en el programa y era el siguiente: “Pedro I de Castilla.-Pedro I de Portugal.-Pedro IV de Aragón, (El Ceremonioso). Paralelo entre estos tres reyes y juicio que han merecido de los historiadores” (1).

El análisis grafológico del alumno denota una personalidad segura de sí misma, confianza que después demostraría en sus futuras empresas, una vitalidad instintiva y un sentido de la ética y de la sociabilidad, mediante el diálogo y la búsqueda de los demás. Junto a estos rasgos de su carácter se advierte también un Menéndez Pelayo luchador e impetuoso, dotado de un natural orgullo (p. 21).

En 1871, Marcelino Menéndez Pelayo sólo tiene 15 años y figura como estudiante en la Universidad de Barcelona. Su condiscípulo y amigo Antonio Rubió y Lluch le describía entonces en estos términos: “De simpático aspecto, cara delgada, desaliñado en el vestir, que denotaban en sus ademanes un temperamento nervioso y un espíritu investigador” (2).

Su primera producción literaria poética juvenil, de creación y traducción, estudiada después por Juan Valera estando en Lisboa en 1882, dio pronto paso a recoger información para su gran obra *Historia de los heterodoxos*, a la vez que hace también acopio para la bibliografía de los traductores clásicos españoles. Termi-

¹ *Trabajos escolares y universitarios de Marcelino Menéndez Pelayo*, Introducción, comentario y selección de Benito Madariaga de la Campa, Santander, Centro de Estudios Montañeses, 2002, pp. 89-96. Ver también de BMC “Bosquejo biográfico de un humanista”, en *Tres estudios bio-bibliográficos sobre Marcelino Menéndez Pelayo*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2008, pp. 11-124.

² Rubió Borrás, Manuel: *Los cuatro primeros escritos de Menéndez Pelayo y su primer discurso*, Barcelona, Gustavo Gili, 1913, p.26.

nados sus estudios, visita como pensionado las bibliotecas de Portugal, Italia, Francia, Bélgica y Holanda y se prepara para opositar a cátedra. En su relación de méritos para la oposición en 1878, presenta entonces un breve índice de obras publicadas e inéditas y expone su calidad de miembro Correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, pero no se refiere a su condición de individuo de la Academia Heraldico-Genealógica italiana de Pisa, quizá por no parecerle importante.

Obtuvo la plaza de catedrático, sin dificultades, a pesar de ser el más joven de los concurrentes. Pero se cambió la ley para que pudiera opositar. Ello perjudicó al resto de los tres candidatos que se presentaron. Algunos de los que eran ya profesores del claustro, contrarios a sus ideas, no asistieron después en protesta a la toma de posesión.

Los medios informativos de su ciudad van dando cuenta de los pequeños triunfos del joven estudiante. Así, en 1874, el periódico *El Aviso* de su ciudad natal insertaba el día 5 de agosto la noticia de que en la función dramática en honor del poeta Luis Eguilaz había leído una composición el “inspirado joven D. Marcelino Menéndez Pelayo, escrito en verso de arte mayor y lleno de bellísimos pensamientos. El público- decía la gacetilla- colmó de aplausos al joven autor”.

Fue igualmente noticia en la prensa local sus viajes al extranjero, referidos en artículos y cartas remitidos desde Portugal e Italia y publicados en *La Tertulia* (1876 y 1877), así como los ejercicios brillantes con los que obtuvo la cátedra.

Familiares, maestros y discípulos

Interesa recoger ahora los factores familiares y las primeras amistades que influyeron poderosamente en la formación de su carácter y en la génesis de su mentalidad.

Actualmente, con otra perspectiva, podemos estudiar a Menéndez Pelayo con mayor objetividad a través de los últimos es-

tudios y comprender los retratos de sus discípulos. Veamos, por ejemplo, las semblanzas que le hicieron en diferentes momentos algunos contemporáneos y amigos suyos. Polo y Peyrolón ⁽³⁾ le retrata en estos términos: “cuerpo de largas piernas, más alto que bajo, que siempre había sido enjuto y fino de carnes, con tendencia a la obesidad en sus últimos años, la color pálida, barba y cabeza pobladas, ojos rasgados, negros, inquietos, penetrantes y a menudo absortos, la faz serena y nada propensa a la sonrisa, la lengua ligeramente tartajosa y los movimientos graves y lentos”. Pero en este discurso que pronunció en la velada necrológica, alude a su vestimenta modestísima, a su aspecto añorado en la mocedad y al comportamiento candoroso y tímido y con unas facultades intelectuales asombrosas. Doña Emilia Pardo Bazán le llamaba el Pico de la Mirándola español y “Pedro Sánchez”, pseudónimo de su paisano José María de Quintanilla, escribió viviendo el interesado, que se le tenía por un genio por su memoria y erudición y apunta también cómo se crearon fábulas y exageraciones acerca de sus facultades. Le describe como un hombre genial, cariñoso, “escritor de facilidad pasmosa y de corrección envidiable”, así como “polemista habilísimo” ⁽⁴⁾.

Las personas que troquelaron su carácter en este primer periodo formativo fueron, por un lado, su familia, representada en su padre; su profesor de latín del bachillerato y luego, como amistades literarias, José María de Pereda, Juan Valera y Gumersindo Laverde, aparte de su tutor José Ramón Fernández Luanco.

Su familia pertenecía a una clase media burguesa, honrada, trabajadora y católica, que estuvo rodeada de un ambiente intelectual. Su padre, Marcelino Menéndez Pintado, fue catedrático de matemáticas en el Instituto Cántabro de Enseñanza Media de Santander, de la que fue también alcalde en 1885 y parte del año siguiente. Tuvo una gran influencia en la preparación de la biblioteca de su hijo y cuidó y fomentó sus aspiraciones intelectuales. Perteneció al principio al partido progresista y tal vez el hijo

³ *Menéndez Pelayo como hombre, como sabio y como católico*, Valencia, 1912, p. 8.

⁴ *De Cantabria*, Santander, 1890, p. 176.

heredó el carácter fuerte de su padre, a veces agresivo. En el tomo primero, en la segunda edición de los *Heterodoxos*, va la dedicatoria a la memoria de sus padres, a los que tanto debía.

La madre, doña Jesusa, descendiente de la Vega de Carriedo, fue una mujer toda bondad y quien corregía y amonestaba las debilidades y abandonos en que caía su hijo para todo lo que no fuera el estudio. Ella se preocupó de su vestimenta, sus comidas y medicinas y de que los excesos en los estudios no le perjudicaran la salud. Su hijo sabía que cuando doña Jesusa le llamaba “insensato” era que había infringido alguna de las reglas que su madre consideraba fundamentales en el código familiar.

El que sí tuvo mayor influencia en Menéndez Pelayo fue su profesor oficial y particular de Latín y Castellano en el mismo Instituto en el que impartía la docencia su padre. Me refiero a Francisco María Ganuza, al que los alumnos llamaban “el toro Navarro”. Había sido antiguo preceptor de Latinidad en Pamplona y el 2 de mayo de 1832 fue nombrado por oposición Beneficiado de las parroquias unidas de la villa de Artajona en la provincia de Navarra, habiendo aprobado antes cinco años de Teología Eclesiástica. Ello parece indicar que debió de iniciar estudios religiosos, que luego dejó. A este profesor le debió la gran vocación y formación por la cultura y lengua latinas, que su discípulo dominó con gran soltura. Además le permitió que consultara y sacara libros de su biblioteca particular.

En cuanto a Pereda era el amigo de su familia, de su padre y de su tío Juan Pelayo, compañero y contertulio del novelista. Los dos fueron carlistas. El escritor de Polanco constituyó el modelo de la literatura local con la que inició sus primeras lecturas el joven Marcelino y cuya influencia no podemos decir que fuera decisiva en su carrera, aunque sintió por el novelista una admiración que fue mutua y se comportó como crítico generoso y muy personal de su obra.

Su tutor, José Ramón Fernández Luanco, fue compañero en la búsqueda de libros de ciencias y le acompañó en sus visitas a las bibliotecas de Barcelona. Luanco, catedrático de Química en

la universidad catalana, le puso en relación con compañeros suyos y personajes de la ciudad. En la correspondencia entre ambos se intercambiaron noticias y hablaron de libros curiosos para los dos, introduciéndole en la bibliografía científica. No le faltaron tampoco advertencias para que corrigiera el abandono personal de su pupilo. Así le dice con sorna en una carta del 4 de febrero de 1875: “El tutor y segundo padre te encarga que no avergüences a tu madre con esa mala catadura que Dios te ha dado, y sobre todo, que no seas un mameluco, y que andes limpio y decente para que no se ruborice tu muy affmo” (5). Pese a la diferencia de edad, Luanco se percató enseguida de las altas cualidades intelectuales de su pupilo, al que legó cuando murió su importante biblioteca de alquimia.

Mayor influencia tuvo sobre don Marcelino, Gumersindo Laverde Ruiz, amigo, mentor y maestro suyo, cuya formación y el conocimiento bibliográfico que le proporcionó le ayudaron en su trabajo de investigación. Pero no ocurrió lo mismo en cuanto a la apertura de pensamiento al ser Laverde, un hombre de espíritu anquilosado, enemigo de los krausistas y cuyo reflejo inhibitorio sexual le hizo amonestar a don Marcelino y a Pereda por detalles que consideraba que atentaban contra la religión o eran pecado. Sus sugerencias y consejos le resultaron, a la larga, polémicos y nefastos a su discípulo que, de otra manera, hubiera elegido diferentes temas de estudio y no hubiera caído en impugnaciones que tanto le perjudicaron. Laverde le aconsejó que estudiara a los heterodoxos y que incluyera en la relación de los mismos a personajes contemporáneos que, además, no eran propiamente heterodoxos, como Juan Valera, Benito Pérez Galdós, José Echegaray o el grupo krauso-institucionista.

De igual modo, le comprometió en el tema de la ciencia española, sobre el que no tenía razón Menéndez Pelayo, aunque alabemos hoy su defensa a porfía y la relación que hizo de primeras figuras de nuestro pensamiento. Su condiscípulo Leopold-

⁵ *Epistolario*, Edición de Manuel Revuelta Sañudo, I, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982, p. 181.

do Alas publicó en *El Solfeo* (29-XI-1876) una carta dirigida a su amigo santanderino haciéndole ver que en la discusión sobre la ciencia española (entiéndase que bajo esta palabra se incluía tanto las de Letras como las de Ciencias), dejó “pruebas incontestables” de que la ciencia española no había sido un mito. Pero también le señala que en la defensa que hizo, había “algo de excesivo y mucho de injusto” en las respuestas a sus opositores, al burlarse de las intervenciones del Ateneo, el no considerar los libros y revistas traducidos con información extranjera, así como sobre el lenguaje de los krausistas (6). Hoy vemos como adecuado el juicio y la advertencia que le hizo “Clarín” en esta carta. En lo que sí coinciden varios autores es en el lenguaje de difícil comprensión de la *Analítica* y Valera también criticaba el *Sistema de la filosofía* de Sanz del Río en su afán de encontrar un lenguaje filosófico y una traducción adecuada de los libros de Krause. Es de suponer que tampoco a Francisco Giner ni a Juan Valera les agradaría la expresión de estos textos nada claros. Así, el autor de Pepita Jiménez le decía en una carta del 4 de agosto de 1860: “Estoy leyendo la obra de Sanz del Río, *Sistema de la Filosofía*, y tengo el proyecto de juzgarla, aunque no sé aun si tendré paciencia para leerla. *Sine ira et studio* digo a Vd. que es insopportable: qué palabrotas barbaras! qué frases! qué tiquismiquis! Quiera Dios que me acostumbre a este endiablado estilo y que acabe por gustar de los pensamientos que en él se cifran y envuelven, y que sin duda serán sublimes” (7).

Laverde le llevaba veintiún años de edad a Menéndez Pelayo y Valera treinta y dos. Eran demasiados años de diferencia. Los dos fueron maestros suyos y ambos le admiraron, pero mientras la erudición del segundo era bien conocida como político y diplomático y por sus obras literarias, el primero no dejó nombre como poeta de poemas laverdaicos, ni perduró su juicio sobre la semi-coma o los múltiples proyectos intelectuales que presentó en la Real Academia y a Menéndez Pelayo. Tampoco fue filósofo

⁶ *Epistolario*, II, pp. 217-221.

⁷ Valera, Juan: *151 cartas inéditas a Gumersindo Laverde*, Transcripción y notas de María Brey de Rodríguez Moñino, Introducción de Rafael Pérez Delgado, Madrid, Edit. R. Diaz-Casariago, pp. 68-69.

fo de altura, a pesar de sus *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública españolas*, si bien su enfermedad le impidió ampliar sus posibilidades. Su afán de fundar una filosofía católica y española no tuvo ninguna aceptación. En cambio, su información bibliográfica sí merece una consideración. El epistolario publicado con Menéndez Pelayo, edición de Ignacio Aguilera (Santander, 1967), pone de relieve la erudición de ambos correspondientes.

Con ambos se trató de usted. De haber escogido el joven Marcelino de mentor a Valera, su obra hubiera sido muy diferente, pero prefirió los consejos de su paisano por respeto y agradecimiento. Con el tiempo es posible que el alumno erudito se diera cuenta del error y de la flojedad de la obra de Laverde, ya que no apoyó la edición de sus obras completas tras su muerte, como deseaba la familia. Desde luego no fue ni santo ni sabio como opinaba Sánchez Reyes (8)

José María de Cossío, uno de los panegiristas de Gumersindo Laverde se planteaba esta duda al final de un estudio que le hizo: “¿Esta influencia, fue beneficiosa para nuestro sabio, o acaso cegó a Laverde la pasión por sus tesis y al contagiársela a su discípulo le desvió de su vocación humanística y literaria, que a la postre habría de prevalecer?”(9). Sin embargo, Cossío no se atreve a afirmar la segunda propuesta de la pregunta. Sin embargo, hoy no se duda de que las opiniones de su maestro le resultaron perjudiciales. Digamos que don Marcelino estaba obligado con su amigo y mentor debido a que, al no examinarse con Nicolás Salmerón, trasladó la matrícula a Valladolid donde le examinó libre Laverde, pero no de Metafísica. Bonilla San Martín dice que “no está bien claro lo que ocurrió con este motivo”(10).

⁸ Madariaga, Benito: “La figura contradictoria de de Gumersindo Laverde”, *Libredón*, n° 31, Santander, Centro gallego, 1987, pp. 15-22.

⁹ Ver también de Gustavo Bueno Sánchez, “Gumersindo Laverde y la Historia de la Filosofía Española”, *El Basilisco*, n° 5, 1990, pp. 48-85 y de Antonio Heredia Soriano, “Laverde y su proyecto de reforma filosófica (1856) (un capítulo del proceso historiográfico de la filosofía española)”, *El Basilisco*, n° 12, 1992.

¹⁰ Bonilla y San Martín, Adolfo: *Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912)*, Madrid, 1914, p. 19.

La influencia negativa de Laverde sobre Menéndez Pelayo está pendiente de estudiarse a fondo como incitador de polémicas y por enemistar a don Marcelino con algunos de los autores españoles del momento, con una agresividad verbal que no era necesaria. Resulta sorprendente que se dejara influir por Laverde y obedeciera sus consignas cuando fue, como decimos, un autor mediocre cuya obra no perdura y cuya fama ha llegado en nuestros días a través de Menéndez Pelayo. En 1875 le propuso a su discípulo que escribieran juntos un *Tratado de Retórica*, pero don Marcelino no persistió en la idea de lo que no estaba en la línea de sus proyectos.

Las grandes obras de juventud

En 1876 don Marcelino publicó el libro sobre *La Ciencia Española* y en 1880 salió ya la segunda edición que completó corregida y aumentada en 1887-1888, con un tercer tomo completamente nuevo, en este último año. Ya para entonces el erudito santanderino se había dado cuenta de que España no había tenido en el campo de la investigación científica y filosófica aportaciones notables. Al traducir en 1883 *Nuestro Siglo*, de Otto Von Leixner del alemán, al revisar la parte española referida al siglo XIX, deja constancia de los pocos avances científicos obtenidos en nuestro país. Así escribe: “En ciencias exactas, físicas y naturales, nuestro atraso o más bien nuestra nulidad era evidente”⁽¹¹⁾. Quizá por eso quiso dejar constancia del inventario bibliográfico sobre la Ciencia Española en el pasado, por siglos y secciones. Inventario útil, pero que no demostraba que habíamos tenido filosofía y ciencia de primera línea comparada con la europea. Valera dice que no logró mejorar el pobre concepto de nuestra ciencia. Sí había habido ciencia, pero aislada y siempre, aunque diga lo contrario, vigilada por el Santo Oficio. José Ortega y Gasset escribiría años después en *El Imparcial* del 4 de junio de 1906: “Menéndez Pelayo, cuando juvenil y hazañero, rompió aquellas

¹¹ *Nuestro siglo. Reseña histórica*, traducida del alemán, revisada y anotada por Don Marcelino Menéndez Pelayo, Barcelona, Montaner y Simon, 1883, p. 299.

famosas lanzas en pro de la ciencia española; antes de su libro entreveíase ya que en España no había habido ciencia; luego de publicado se vio paladinamente que jamás la había habido. Ciencia, no; hombres de ciencia, sí”. Unamuno en el prólogo que puso en 1916 a Ramón Turró en el libro *Orígenes del conocimiento* escribía al respecto que “fue Menéndez Pelayo quien queriendo convencernos que había habido filosofía española nos probó lo contrario” (12).

José del Perojo durante la polémica publicó también en la *Revista Contemporánea* (15-IV-1877) un bosquejo de la historia de las ciencias por materias, aunque no tan exhaustiva, sobre: Astronomía, Matemáticas, Química, Zoología, etc. en la que señala la predominancia de la ciencia extranjera, sobre todo europea, sobre la nuestra. (13). Al año siguiente, Perojo le propuso a don Marcelino que dirigiera una Biblioteca bilingüe de filósofos españoles. Pero al pedirle opinión a Laverde éste le recomendó que no se incluyera “algún impío que la desnaturalice” y que no se anuncie en las cubiertas a Draper ni a Darwin”. Por lo que fuera, el proyecto fracasó y una vez más malaconsejó a su amigo. Entre los proyectos de Laverde figuran también los medios para promover el estudio de nuestra historia intelectual con monografías bibliográficas (filósofos, teólogos, moralistas, matemáticos, etc.), pero siempre con censura religiosa.

Dieciocho años más tarde de haberse iniciado la polémica, en 1894, don Marcelino publicó en *La España Moderna* un artículo en el que modificó en cierto modo, sin referirse a su discusión sobre la contribución de la ciencia española, los criterios sustentados anteriormente y aunque diga que nuestras aportaciones distan de ser un páramo estéril, reconoce que “la historia de nuestras ciencias exactas y experimentales, tal como la conocemos has-

¹² Ver *La polémica de la ciencia española*, Introducción, selección y notas de Ernesto y Enrique García Camarero, Madrid, Editorial Alianza, 1970, p. 417 y de Benito Madariaga, “Bosquejo biográfico de un humanista”, en *Tres estudios bio-bibliográficos sobre Marcelino Menéndez Pelayo*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2008, p. 69.

¹³ *Ibidem*, pp. 297-307.

ta ahora, tiene mucho de dislocada y fragmentaria; los puntos brillantes de que está sembrada aparecen separados por largos intervalos de oscuridad; lo que principalmente se nota es falta de continuidad en los esfuerzos; hay mucho trabajo perdido, mucha invención a medias, mucho conato que resulta estéril, porque nadie se cuida de continuarle, y una especie de falta de memoria nacional que hunde en la oscuridad inmediatamente al científico y a su obra” (14).

Más adelante el santanderino se referirá en este mismo trabajo al “carácter utilitario de nuestra restauración científica en el siglo XVIII” (p. 436). Finalmente reconoce el desamparo de la Facultad de Ciencias en ese momento y pone de ejemplo de trabajo científico el Laboratorio de Biología Marítima de Santander. En 1904 recibiría la noticia de que el positivista José Echegaray, incluido en su libro de los *Heterodoxos*, había alcanzado compartido el Premio Nobel, pero a la vez pudo comprobar que mientras vivió ya en el nuevo siglo XX, España no tuvo ningún representante en las ciencias Físicas y Químicas, aunque sí en Medicina y Literatura. Cajal será nuestro hombre de ciencia más representativo de la época contemporánea.

Esta primera etapa polémica tiene su momento culminante en 1881, en el que interviene, de manera nada afortunada, en el Brindis del Retiro en defensa de Calderón de la Barca. Se caracterizó en esta etapa por un acendrado espíritu apologético del pensamiento católico, que le llevó a ser impugnador de cuantos atacaban a la Iglesia Católica, de la que se declara hijo sumiso y ferviente defensor. Sentía, a la vez, una antipatía hacia el krausismo, cuyo sistema filosófico deploraba, y hacia cuyo representantes y seguidores habría de demostrar, ya desde su época de estudiante, una especial antipatía claramente evidenciada en sus escritos y polémicas. Bonilla lo reconoce con estas palabras: “En la animadversión de D. Marcelino contra los krausistas, había mucho de antipatía natural, invencible y permanente, además de la diferencia radical de sistema filosófico y de principios religiosos”

¹⁴ *La ciencia Española*, II, 1953, pp. 403-438.

(¹⁵).

La tercera característica de esta etapa juvenil, de “ímpetu agresivo”, como la llama Gregorio Marañón, es de oposición a la cultura germánica, a la que subordina siempre a las latinas y meridionales, herederas del espíritu clásico.

En el año de 1881, nace la Unión Católica que preconizaba, como indica su nombre, la conciliación de todos los católicos con adhesión y sometimiento a la jerarquía religiosa y a la Santa Sede. Don Marcelino estuvo comprometido con ella como intelectual integrado y participante en las sesiones de la Junta directiva. Sus opiniones y, sobre todo, su conducta en busca de un equilibrio le ocasionaron la crítica tanto de los tradicionalistas como de los liberales. Los primeros acusaban a los de la Unión Católica de “mestizos”, de ser católicos liberales y moderados, y los segundos los llamaban neos y tradicionalistas.

La familia Nocedal no consiguió tampoco atraerle hacia el carlismo, pese a la amistad que tuvo con él. Cándido Nocedal ostentaba la jefatura del partido y su hijo Ramón dirigía *El Siglo Futuro*. Incluso su tío materno Juan Pelayo manifestó esta misma ideología que tuvo también, como hemos dicho, su amigo José María de Pereda. La vinculación de don Marcelino con la Unión Católica hizo que por celos y resentimientos, este periódico comenzara a atacar al erudito santanderino cuando primero le había alabado en todas sus intervenciones.

Jacinto Octavio Picón, en el número de la revista *Ateneo* de julio de 1906, en homenaje a Menéndez Pelayo, alude a esta primera época y escribe al respecto: “Comenzó su vida literaria bajo el amparo de los elementos más retrógrados de España. Sus obras en esta época están en perfecta armonía con el espíritu de aquellos protectores; en ellas aparece admirador y defensor apa-

¹⁵ Bonilla, ob. cit., p. 20. Ver también de Madariaga de la Campa, B.: “Menéndez Pelayo: evolución de su actitud ante el krausismo”, *Bol. de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Número extraordinario en homenaje a don Manuel Revuelta Sañudo, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1994, pp.163-195.

sionado de todo lo tradicional, enemigo franco y terrible de todo lo liberal y revolucionario, mostrando en lo brioso del ataque el ardor de los pocos años, y acaso también cierta hermosa gratitud y secreta complacencia en defender el ideal de aquellos a quienes debía el comienzo de su encumbramiento”. Se refería en estas alusiones a Canovas, a los Pidal, sobre todo a Alejandro, y al periódico integrista *El Siglo Futuro*.

En su misma provincia natal el diario *El Cantábrico*, al incluirle en la galería montañesa de personajes de su provincia, le califica en la semblanza, de ultramontano en política, “pero sin intransigencias ni fanatismos” (16). Aquí se dice que figuró en las filas del partido conservador, ostentando los puestos de diputado y senador. Esto mismo manifiesta Polo y Peyrolón quien por considerarle católico y monárquico le encasilla como “tradicionalista, no carlista”. Su paisano Ramón del Noval le llama “el norteño”, “el montañés”, del que afirma que “fue un mucho saber, mucha sapiencia, mucha sabiduría... y sin embargo, bandera de reacción. Menéndez Pelayo es la España tomista, escolástica, superortodoxa, dogmática del estúpido siglo XIX” (17).

No quiere decir esto que deba clasificarse a Menéndez Pelayo dentro de rígidas posturas ideológicas, ya que, como se sabe, quizá su tragedia política estuvo en no haber querido comprometerse claramente dentro de ninguno de los dos grupos más destacados y en recibir por ello el ataque tanto de los neocatólicos e integristas, como de los liberales y la indiferencia de los krausistas.

Su precocidad y su obra fueron propios de un hombre genial que sembró la admiración de cuantos le trataron y llegaron a conocerlo. Ingresó en la Academia Española el 6 de marzo de 1881 a los 24 años siendo el más joven que había entrado en la docta

¹⁶ “Biografías de montañeses ilustres”, Colección de B. Rodríguez Parets, en *Catálogo de los manuscritos de la sección de Fondos Modernos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Santander, 1980, doc. 943, p. 304.

¹⁷ *Cantabria*, n.º98, Buenos Aires, octubre de 1931, pp. 18-19.

corporación. Manuel Cañete, compañero académico suyo en las de la Historia, la Lengua y Bellas Artes de San Fernando, quien a su muerte legó sus papeles a don Marcelino, comentaba así sus notables cualidades, al ser elegido: “Mírese desde el punto de vista que se quiera, sean cuales fueran nuestras opiniones, habremos de convenir en que Menéndez Pelayo, por su temprana juventud y por el valor excepcional de sus dotes intelectivas, debe ser considerado y apreciado como alta gloria de la patria. Podrán muchos no estar de acuerdo con él en puntos de doctrina religiosa, filosófica o literaria, aún siendo las suyas tan sólidas y verdaderas; pero cerrar los ojos a la luz que brota en su entendimiento, al resplandor de su fantasía, a la claridad de su juicio, a su prodigiosa memoria, a la viril independencia de su carácter, a los valiosos elementos que reunidos en armónica proporción constituyen su individualidad, poderosísima en las regiones intelectuales, valdría tanto como suponer que es noche oscura cuando el sol inunda con sus rayos la tierra, prestándonos vida y valor desde la mitad del firmamento” (18).

La prensa al recoger su enorme producción escrita, no libre de polémicas y reparos, se dividió entre los apologistas como *El Siglo Futuro* en la primera época y *El Fenix*, órgano de la Unión Católica, y los detractores al estilo de *El Liberal*, que le criticó en un tono duro, desenfadado y, a veces, injusto. Como vemos sus panegiristas a la hora de señalar sus defectos se fijaron en su postura político-religiosa dentro del neocatolicismo en el que fue incluido.

La obra más representativa de esta primera época, polémica, fue la *Historia de los heterodoxos españoles*, empresa juvenil con grandes aportaciones bibliográficas y de recopilación de datos y con fallos, por ejemplo, en sus juicios sobre la Reforma y la gran contribución española en ella, con figuras como los hermanos Valdés y la falta de perspectivas acertadas en otros autores considerados heterodoxos. Tales fueron, por ejemplo, Miguel de Mo-

¹⁸ Cañete, Manuel: “Menéndez Pelayo en La Real Academia Española”, *Revista de Madrid*, vol I, n^o 5, marzo 1881, pp. 233-239.

linos, Miguel Servet, Arnaldo de Vilanova, así como la infravaloración hacia todo lo anglosajón y la que había llamado “barbarie germánica”, así como la inclusión en la segunda parte de la obra de autores contemporáneos sobre los que no tenía un juicio ponderado y que, además, no eran heterodoxos, inclusión debida a la negativa y perniciosa influencia de Gumersindo Laverde.

En el Discurso preliminar de la primera edición dejó escrito: “Desengañémonos: nada más impopular en España que la herejía, y de todas las herejías, el protestantismo”. Sin embargo, el doctor Edward Boehmer, célebre profesor protestante de Strasburgo, escribió con diferente criterio *Spanish Reformers* y tenía publicada una biografía en alemán de los Hermanos Valdés. Menéndez Pelayo, amigo y corresponsal suyo, le dijo a Laverde que Boehmer era “un erudito de mucha conciencia”. Sin embargo, existía una gran discrepancia entre ellos, dentro de un respeto mutuo. Cuando le escribió a don Marcelino, después de haber leído el segundo tomo de los *Heterodoxos*, le hizo ver que discrepaban en la postura religiosa, aunque no en cuanto a la historia y el mérito literario de los protestantes españoles.

Lo mismo ocurrió con el hispanista protestante A. Morel-Fatio que le criticó la visión personal de muchos temas que iban desde su visión del Santo Oficio a la valoración de la Reforma. A estas críticas se unieron, como apunta Marta M. Campomar, las de Augusto Pécoul, Hugo Schuchardt y Antonio Caro (19). Como señala esta autora “son muchos los pasajes en este volumen II que comprometen a Menéndez Pelayo con el integrismo católico. Sus juicios acerca de Carranza, la Inquisición, el reinado de Felipe II, la unidad católica defendida en Lepanto responden a una versión intolerante y ultramontana de los acontecimientos históricos en el reinado de los Austrias”. (p. 119).

¹⁹ Campomar Fornieles, M.M.: *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los Heterodoxos Españoles*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1984. Ver también de M. Revuelta Sañudo “La actividad intelectual de Menéndez Pelayo en su periodo polémico”, en *Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen*, Santander, Soc. de Menéndez Pelayo 1983, pp.227-290.

Con todo, fue el único estudio de don Marcelino que existía en nuestro país sobre este tema. La lectura de las “Advertencias preliminares” que escribió en la segunda edición se hace necesaria para conocer las modificaciones efectuadas y lo que pensaba entonces el autor sobre esta Historia de los disidentes religiosos. Lo que no modificó son los juicios sobre muchos contemporáneos, principalmente los krausistas.

Juan Valera en diferentes momentos analizó el perjuicio que le ocasionó a Menéndez Pelayo su neocatolicismo al no tratar con objetividad la censura y los impedimentos que puso la Inquisición con la condena arbitraria que hizo de las diferentes doctrinas que ahogaron el pensamiento español. Así escribe: “El Sr. Menéndez, movido de santo furor, no solo condena lo pasado, sino también lo presente y lo futuro, como no sea ortodoxo. No es posible para él que haya libro alguno español y heterodoxo que valga algo”, a los que el santanderino consideraba “rarezas”⁽²⁰⁾. A la vez, sin quitar al libro su importancia, va repasando Valera esta obra juvenil con sus inconvenientes y la valoración que hace don Marcelino de las heterodoxias españolas como herejías de importación y a las que acusa injustamente de poco originales. Si no lo son estos, se pregunta Valera, cual ha sido entonces la originalidad de los ortodoxos. Precisamente Menéndez Pelayo queriendo demostrar que el genio español es “eminentemente católico”, dice que probó lo contrario. Y añade: “No ha de extrañarnos, pues, que en España quedasen casi abandonados por impíos los experimentos o investigaciones de la filosofía natural y desechado todo discurso libre, trascendental y metafísico, por expuestos a perder la salud temporal en la humedad de una mazmorra o en el ardor de una hoguera, y la salud eterna en lagos de pez hirviendo, en las entrañas de nuestro globo, habitadas por los diablos” (p. 127). Igualmente Emilio Castelar, aludido en el libro, contestó con un escrito en términos duros considerándole dentro del “más ciego ultramontanismo” y si bien reconoce su erudición, le acusa de representar “la escolástica secular, la intolerancia religiosa, el absolutismo histórico, la ortodoxia neta”⁽²¹⁾.

²⁰ “Historia de los Heterodoxos españoles por el doctor D. Marcelino Menéndez Pelayo”, *Obras completas*, tomo XXV, pp. 107-161.

²¹ *Retratos históricos*, Madrid, 1884, pp.105-142.

El silencio con que fue recibida la obra en determinados medios intelectuales, excepto en los religiosos, abrumó a su autor, que se quejaba en carta a Gumersindo Laverde del 15 de julio de 1882 de esta manera: “¿ Creerás que a estas horas ni en bien ni en mal ha escrito nadie una letra sobre tal libro, ni siquiera para decir que se ha publicado? Los krausistas, periodistas y demás alimañas han recurrido a la estratagema del silencio, y todavía ninguno de ellos ha roto la consigna. Los amigos se callan también, quizá porque he dicho o procurado decir la verdad a todos. Poco importa” (22). Pero sí le importó, ya que le disgustó al no contentar la obra ni a tirios ni a troyanos y menos a los krausistas que habían sido mal tratados en el libro, igual que lo hizo con escritores como Pérez Galdós, José Echegaray, Núñez de Arce, Pompeyo Gener, Francisco de Paula Canalejas, los positivistas españoles y hasta su querido Juan Valera. Había en el libro mucha marginación y agresión con determinados personajes al erigirse él en sustentador de la línea ortodoxa. ¿Cómo pensaba que los krausistas pudieran referirse a una obra que los retrataba injustamente?.

Los institucionistas no entraron nunca en polémicas, aunque defendieran la libertad de pensamiento y de expresión, lo que les costó perder sus puestos en la enseñanza en dos ocasiones. Por cierto, don Marcelino no votó favorablemente el restablecimiento en 1881 a sus puestos de los cesados en la segunda “Cuestión Universitaria”, cuando algunos de ellos habían sido compañeros suyos de cátedra. José Luis Albareda, ministro de Fomento con el gobierno de Sagasta, volvió a conceder la libertad de las cátedras y reintegró a ellas a los profesores apartados por el Marqués de Orovio.

La lectura de las citadas cartas entre Laverde y Menéndez Pelayo pone de relieve que don Marcelino no supo llevar el tema sin agresividad y sin reconocer a sus opositores la razón de algunos argumentos, que tanto él como Laverde calificaban de “pe-

²² *Epistolario*, V, Edición de Manuel Revuelta, Madrid, Fundación Universitaria, 1983, p. 412.

rojadas”, “azcaratescas” y “exabruptos” de Revilla.

El libro fue alabado sin titubeos preferentemente por la jerarquía religiosa. Más tarde, corregirá esa tendencia, traducirá del alemán y tendrá en cuenta en estudios futuros la poesía de Enrique Heine, la filosofía alemana y en la Introducción del tomo IV de la *Historia de las ideas estéticas en España* hace una reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XIX en Alemania. Su obra posterior libre de discusiones y de las sugerencias de Laverde estará entre la más lograda del polígrafo.

Los que sí entendieron los avances de su siglo y del siguiente, en cuanto a la ciencia, fueron los krausistas. No pusieron impedimentos religiosos a la Prehistoria y el Evolucionismo que aceptaron y fueron de los primeros estudiosos en publicar trabajos al respecto. Siguiendo a Krause opinaban que “la ciencia lleva a Dios”.

Las grandes obras de madurez

Ya finalizando el siglo, la madurez que alcanza el pensamiento de D. Marcelino, así como su conocimiento de la renovación que se produce en amplios campos de la Ciencia y la Filosofía, le inclinan a trabajar con más autonomía intelectual y en temas que eran más de su gusto. Con la muerte de Laverde en 1890 deja, al fin, de aconsejarse por la perniciosa mentalidad de quien fue su maestro y amigo, pero hombre de corto vuelo intelectual, encorsetado en un pensamiento tradicional, escrupuloso y mojigato y al que desgraciadamente obedecía y utilizó de confidente.

Ya para entonces se había percatado don Marcelino de los defectos de aquellas primeras obras juveniles y polémicas. En la segunda edición de los *Heterodoxos* corrigió y actualizó buena parte de ella, pero como confiesa en el segundo prólogo “quizá me hubiera sido más fácil escribir una segunda Historia que refundir la antigua”. También modificó, en parte, determinados juicios sobre materias y personas, pero no cambió absolutamente nada de lo escrito injustamente, como se ha apuntado, contra algunas

figuras de relieve del krausismo, como Julián Sanz del Río, Fernando de Castro y los profesores expulsados de sus cátedras, a raíz de la citada polémica de la llamada segunda “Cuestión Universitaria”, o contra escritores como Manuel de la Revilla. Pero ya estaba muy enfermo y se dio cuenta de que le era imposible hacer con calma una restructuración de obras tan extensas, cuyos enjuiciamientos no habían sido siempre certeros, debido a la completa adhesión a sus principios católicos. Prefirió entonces dejarlo como estaba, ya que de otro modo un nuevo libro hubiera sido una rectificación en toda regla, a lo que no estaba dispuesto. Así escribe en la Advertencia preliminar de la segunda edición: “Las rectificaciones de materia grave, en que el autor corrige o atenúa por virtud de nuevos estudios algunos juicios de personas y acontecimientos, serán tratados en notas especiales. Ni quiero ocultar mi parecer antiguo, ni dar por infalible el moderno, sin que me arredre el pueril temor, indigno de la Historia, de aparecer en contradicción conmigo mismo” (p. 35).

En la segunda edición añadió como completamente nuevo la parte que llamó “Prolegómenos, cuadro general de la vida religiosa en la Península antes de la predicación del Cristianismo”, que abarcó el tomo primero. Es un estudio original y muy completo del tema, en el que desgraciadamente no toca Menéndez Pelayo el evolucionismo, ni el darwinismo, que ya para entonces tenía un gran predicamento en los estudios de Prehistoria y que ya habían tratado sin cortapisas los krausistas.

Cuando se estudia su inmensa producción en los diversos temas de nuestro pensamiento se percata uno de la obra extensa y original que dejó escrita Menéndez Pelayo, a la que es obligado consultar siempre al iniciar un estudio que él hubiera tocado primero, aunque se discrepe de algunos de sus juicios. Fue poeta, ensayista, crítico, prologuista, traductor, estudioso de los clásicos y colaborador de la prensa. Ningún tema le fue ajeno, pero supuso también una pena que no hubiera sido más abierto en su pensamiento, con menos miedo, vamos a decirlo así, a la censura religiosa y a que la ciencia levantara el velo de su fe.

Su falta de comprensión de la labor de los institucionistas fue

otro de sus errores. Francisco Giner de los Ríos, igual que él, constituyeron las dos figuras prestigiosas y conductoras del pensamiento de su siglo. Cuando se observan los retratos de ambos llama la atención la profundidad de sus miradas, indicadoras de sus originales pensamientos. El primero fue, a través de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para la Ampliación de Estudios, el gran innovador de un reformismo pedagógico, el promotor de la creación de laboratorios e institutos de investigación histórica, de biología, física y química, antropología, etc. Igualmente tuvo una gran influencia en la preparación de pensionados nombrados por la Junta para Ampliación de Estudios, centros que, de no haberse paralizado y destruido su continuidad por la Guerra Civil y la dictadura, hubieran transformado España. Por ello Gonzalo Torrente Ballester opina que “la obra de Giner fue inmensamente más fértil que la de don Marcelino, a partir de cuya muerte las que pudiéramos llamar “derechas” españolas padecieron de una profunda menesterosidad intelectual, en tanto que las “izquierdas” reúnen en sus filas lo mejor y más distinguido del pensamiento y la poesía” (23). En cambio, Menéndez Pelayo miró más para el pasado y profundizó en aquellos temas que precisamente necesitaban de una persona erudita y estudiosa como él para ponerlos al día en su siglo. Así como Giner tuvo un equipo de colaboradores que no discutió su dirección y consejo, en cambio Menéndez Pelayo fue un coloso que trabajó solo y enfermo en sus últimos años. Se dio incluso la paradoja que sus dos mejores discípulos estuvieron estrechamente vinculados con los institucionistas, como fue el caso de Adolfo Bonilla y Ramón Menéndez Pidal. El primero sacó la cátedra de Madrid en 1905 de Historia de la Filosofía con un tribunal de institucionistas y el segundo formó parte de la Junta para la Ampliación de Estudios y dirigió el Centro de Estudios Históricos.

Su maestro le apoyó intelectualmente y en la aspiración de entrar en la Academia de la Historia. En el verano del 98 don Ramón vino a Santander y juntos estuvieron estudiando en la bi-

²³ *Panorama de la Literatura Española contemporánea*, 3ª edic. Madrid, Edic. Guadarrama, 1965, p. 159.

blioteca de don Marcelino y cambiando impresiones sobre la marcha de la guerra y su repercusión en la perpetuación del idioma español en las zonas ocupadas. Ambos, igual que Pereda y Galdós, estaban de acuerdo en la necesidad de intensificar el trabajo literario ⁽²⁴⁾.

Los retratos de los últimos años publicados del santanderino son expresivos de un deterioro por enfermedad cuando muere a los 56 de una cirrosis. Su discípulo Adolfo Bonilla se refiere con estas palabras a su afán de concluir las diferentes materias que dejó inconclusas en sus últimos años: “Escribió casi siempre febril, precipitadamente, enviando a la imprenta las cuartillas aún húmedas, como si presintiese que su fin no estaba muy lejos, y deseaba aprovechar los instantes lo mejor posible” ⁽²⁵⁾. También fue Bonilla el que nos dejó una completa relación de su bibliografía.

Años después de su muerte, Rubió y Lluch le retrataba así con el recuerdo del amigo en los últimos años que vivió del siglo XX: “Un poquillo cargado de espaldas, pero aquellas barbas hirsutas, aquel rojo cereza del rostro, aquellos ojos acuosos siempre y, sobre todo, el abandono en el vestir que fueron patrimonio de su edad madura, nada tuvieron en común con el tipo y silueta de la juventud y si bien dio siempre poca importancia al aderezo de la persona, no llegó nunca, siendo joven, a incurrir en el descuido que tantas desazones proporcionaba a última hora a su criado Julio, ordenanza de la Academia de la Historia. A los 32 años, Menéndez Pelayo, con su barba corta, los ojos de mirada penetrante, su tartamudeo gracioso, apenas perceptible, y el ingenio y la sal ática que resplandecían en sus juicios y observaciones le proporcionaban singular atractivo que supo utilizar muy bien sin cálculo ni mira egoísta, puesto que murió soltero, en sus relaciones con el bello sexo.” ⁽²⁶⁾.

²⁴ Madariaga de la Campa, Benito: *Los regeneracionistas cántabros y sus relaciones con Pérez Galdós*, Santander, Soc. Menéndez Pelayo, 2001. Igualmente de Gamallo Fierros, Dionisio: “Menéndez Pidal en el año 1898, *Revista del Instituto José Cornide*, nº 4, 1968, pp.51-141.

²⁵ *Bibliografía de D. M. Menéndez y Pelayo*, Madrid, Victoriano Suárez, 1911.

²⁶ *La Atalaya*, 30 junio y 1 de julio de 1927.

Respecto a sus relaciones femeninas digamos que fueron abundantes tanto sociales como en sus tratos personales, en los que demostró ser un hombre enamorado, con buen gusto en la elección de las mujeres que pretendió, aunque no afortunado con ellas. Valera fue su primer maestro que le pone en relación con el mundo femenino de la alta sociedad madrileña, pese a la gran diferencia de edad que había entre ambos. Le aconsejó sobre el trato con la aristocracia y la alta burguesía, así como sobre la forma de comportarse y cuidar la vestimenta. Pronto se enamora, las admira y en la correspondencia entre ellos aparecen citadas con los nombres supuestos de Lidia, Hipatía, Aglaya, Ródopis, Epicaris, etc. También será Valera quien recibirá las noticias de sus desencuentros, tal como se lo comunica a su compañero de Academia en una carta del 20 de septiembre de 1881: “Estoy muy malhumorado y ¿por qué no he de confesar a Vd. la causa? Lidia, conforme a la inconstancia de su natural condición, acabó por cansarse de mí (ya hace meses) y después de mil embrollos y farándulas, me dejó de todo punto, para irse con otro o con otros. Yo que había cometido la sandez de enamorarme perdidamente de ella, hice lo imposible por retenerla. Con esto nos fuimos agriando: díjele cosas durísimas, aunque merecidas, y de todo ello resultó el quedar reñidos (pienso que para siempre), y reñido yo también, no sé como, con todos los de su casa, que andan contra mí hechos unos basiliscos, exceptuando quizá a la pobre Corina”. En este mismo año, Valera le escribía al respecto a Laverde: “Nuestro Marcelino se va dejando llevar demasiado de las interesadas adulaciones de los neos para hacer y decir cosas exageradas e impropias de su posición oficial; cosas en que él mismo no cree y que lo peor es que tienen que pasar o por extravíos de la mente o por afán de singularizarse sosteniendo paradojas. Su vida, además, empleada en parte en andar en pos de las señoras alegres y de galanteo, no se aviene bien con el papel profético y lamentable de Jeremías que pretende hacer de vez en cuando” (27).

Curiosamente la carta citada contando la ruptura de Corina fue suprimida en el epistolario entre Menéndez Pelayo y Valera

²⁷ Juan Valera: 151 cartas..., ob. cit., p. 242.

en la edición de 1930 de Artigas y Pedro Sainz Rodríguez e igualmente en la reedición de 1946.

Tras el nombre de Lidia se escondía el de Leonor Rodríguez de Saavedra. No le faltaron sin embargo aventuras de faldas como la disputa que tuvo con el actor Rafael Calvo al pretender los dos a la misma mujer y que saltó a las páginas de *El Liberal*. Todavía tenemos una información de otro enamoramiento, menos conocido y un tanto extraño, tal como lo cuenta su condiscípulo Rubió y Lluch en una conferencia que pronunció en 1927 en el Colegio de Doctores de Madrid. Refiere que el maestro sintió interés por una dama a la que seguía en Madrid y mientras ella sabía quien era, don Marcelino desconocía la personalidad de tal señora a la que pretendió. Resultó que al ir don Marcelino a llevar a la casa de un célebre compositor el discurso de contestación a la entrada de éste en la Academia de la Lengua se encontró con que era la mujer de Francisco Asenjo Barbieri. Y Rubió termina la historia, sin aclarar nada, con estas palabras: “De allí salió una estrecha amistad que duró hasta la muerte de los esposos Barbieri, ocurrida con sólo cuarenta días de diferencia a los pocos años” (28).

Ya tempranamente se sintió atraído por el tema de las ideas estéticas, tal como se lo comunica a Valera en marzo de 1882, cuyo primer volumen presentó ya al año siguiente en 1883 y el último en 1891, obra que por desgracia dejó inconclusa. Sobre este particular, verdadera vocación suya, resulta curiosa su polarización hacia la literatura y las menores expresiones estéticas en otras disciplinas. Sin embargo, aunque admiraba el arte en todas sus formas, lo hace bibliográficamente y no lo cuenta, por ejemplo, cuando visita Portugal, Italia, Francia y Holanda cuyos museos contempla, pero a cuyas obras de arte margina también en las descripciones que hace en sus escritos y cuando visita Pompeya y Herculano. Así le dice a Laverde al llegar a Roma: “En es-

²⁸ *La Atalaya*, 1 de julio de 1927, en *De re bibliographica, Menéndez Pelayo y su Biblioteca* por Fernández Lera, Rosa y Andrés del Rey Sayagués. Número O de homenaje a Menéndez Pelayo, Santander, BMP, 2006, pp.27-35.

tos primeros días he comenzado algo de lo muchísimo que Roma encierra en punto a restos arqueológicos y tesoros de arte. La Roma pagana es lo que hasta ahora llevo más examinado. Pero no quiero entretenerle a Vd. con vulgaridades sabidas de todos y que en cualquier libro se hallan” (29). Donde quiera que va, visita bibliotecas y habla de ellas y de los libros consultados, de las exploraciones de manuscritos y de la compra de ensayos y obras literarias. No quiere decir que no viera en sus visitas las numerosas muestras de arte, pero es algo secundario para él, comparado con la investigación bibliográfica. Así le vuelve a decir a Gumerindo Laverde en Bélgica: “En Amberes no he visto hasta ahora más que la catedral, el museo y varias iglesias y por todas partes cuadros de Rubens y de su escuela. Mañana iré a la biblioteca que tiene sólo 22.000 volúmenes” (30). Es decir, ve libros, pero no describe las ciudades visitadas ni los monumentos. Ni hay expresiones de admiración. No dice mucho por ejemplo a Laverde ni a Pereda de Nápoles, Venecia o París, sus formas de vida, obras de arte, características de la gente, curiosidades, etc. Tampoco al novelista santanderino lo hace desde Portugal. Ni siquiera les habla de su visita a Pompeya, cuyas ruinas se habían descubierto en 1748 y cuyas excavaciones suscitaban curiosidad entre las gentes. ¡Qué pena siendo un escritor con una prosa tan elegante y sencilla!.

Su discípulo y amigo José Ramón Lomba y Pedraja (31) lo expresaba de esta manera: “Era patente para el que le trataba su indiferencia a las sensaciones, aun las que cuentan entre las más artísticas y elevadas, que vinieran del mundo exterior. ¿Quién vio nunca al señor Menéndez Pelayo detenerse, por ejemplo, a considerar un paisaje por hermoso que fuese? Y añadía: “De paisajes hermosos está llena la provincia de Santander, a las puertas mismas de la ciudad en que él residía. Yo no sé que saliese jamás de ésta por contemplarlos. Edificios, fiestas vistosas, escenas popu-

²⁹ *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo, 1874-1890*, Tomo II, Edición de Ignacio Aguilera, Santander, Diputación Provincial, 1967, p. 602.

³⁰ *Ibidem*, p. 856.

³¹ *La Atalaya*, 18 y 19 de mayo de 1913, en ob. cit. de Rosa Fernández Lera y Andrés del Rey, pp. 37-44.

lares, hasta obras de arte de la pintura y de la escultura, todo estaba para él en el mismo caso. A su lado pasaban y no fijaban su atención”, pero como dice, a continuación, no era por ignorancia y por que no lo escribiera en su obra sobre las *Ideas estéticas*, sino porque su fijación estaba en los libros. Qué diferencia con Pérez Galdós cuyas descripciones de arte en sus viajes por Europa y España figuran en sus cartas a *La Prensa* de Buenos Aires o la sensibilidad especial que mostraron Giner de los Ríos y los institucionistas ante los monumentos, la pintura, el paisaje y el excursionismo, en lo que fueron precursores. Giner publicó también en el Boletín (1877-78) un curso que dio sobre Estética aplicada a las Bellas Artes. Anteriormente había traducido el *Compendio de Estética de Krause* (1874) al que añadió en su segunda edición la *Teoría de la música* del mismo filósofo. Sin embargo, estas traducciones no tienen parangón con la obra más extensa y actualizada de Menéndez Pelayo, que por desgracia dejó inconclusa. ⁽³²⁾.

La gloria de lo que fue ... y de lo que pudo haber sido

El año de su muerte fue propuesto para el Premio Nobel. De haberlo obtenido hubiera sido el reconocimiento mundial por una obra inmensa, original y constante de toda una vida. Al mismo tiempo se presentó la candidatura al mismo Premio de su amigo Benito Pérez Galdós, que se debatía entonces en una penuria económica y también hubiera sido un galardón merecido por su obra novelística y teatral conocida en el extranjero. Y ocurrió algo por desgracia muy español, el enfrentamiento por ello entre las dos Españas. Al erudito santanderino le votaron los conservadores, la jerarquía eclesiástica, la Real Academia, entidades admiradoras de su inmensa producción histórico-literaria y se hicieron tarjetas impresas con su candidatura para ser enviadas a la Academia de Bellas Letras de Estocolmo. A Galdós le propusie-

³² Ver de Ciriaco Morón Arroyo, “Estética” en “La obra: sentido y actualidad”, *Tres estudios bio-bibliográficos sobre Marcelino Menéndez Pelayo*, ob. cit., pp.145-149.

ron las izquierdas, escritores y políticos liberales y también un público lector de su obra, Echegaray, la Real Academia de Medicina con firmas de Cajal, Carracido, Tolosa Latour, etc. Pero lo intolerable es que los partidarios del primero enviaran escritos en contra del otro. Así, la prensa publicaba el siguiente telegrama recibido de Roma: “*L’Osservatore* publica una nota de carácter oficioso contra la adhesión de los católicos al homenaje iniciado en favor de Pérez Galdós, no discutiendo la intención de los católicos por estimarla recta. *L’Osservatore* deplora esta participación que puede engendrar equívocos, y no impide los homenajes en sentido contrario. Insiste en que los católicos se atengan especialmente en su vida pública a las instrucciones del Pontífice”. La campaña continuó contra Galdós. Así la *Gaceta del Norte* (13-II-1912) aludía al espíritu sectario de Galdós, al estreno de *Electra* y al sentido anticatólico de su obra por lo que aconsejaba a los católicos que se abstuvieran de tomar parte en favor suyo. Y pedía que se enviaran a la Academia sueca protestas por entender “que no es Galdós representación del alma nacional, sino Menéndez Pelayo”. Unamuno en la velada necrológica dedicada al escrito canario dijo que lo ocurrido fue vergonzoso, ya que según le comunicó el bibliotecario de la Academia del Nobel no pasaba día sin que recibieran cartas y telegramas en contra de Galdós. Pudiera haberse dado incluso el caso de que el Premio hubiera sido para Galdós, muy conocido en Europa como uno de los grandes autores, con una obra traducida y muy estimada. En este absurdo pugilato, los más serenos que supieron respetar su amistad fueron los dos candidatos. Pero la muerte ese año de don Marcelino y la campaña en su propia patria contra Galdós hizo que ambos se quedaran sin el Premio Nobel, que se concedió el de literatura al escritor alemán Gerhart Hauptmann ⁽³³⁾.

Su gran capacidad de trabajo y el descuido de su salud le adelantaron prematuramente. Su discípulo predilecto, Ramón Menéndez Pidal, buen conocedor de su personalidad y de su obra, a raíz de su muerte, publicó un artículo en el que, a nuestro juicio, sintetiza y refleja el carácter y las etapas del que llama el pri-

³³ Madariaga de la Campa, Benito: *Pérez Galdós en Santander*, 2005, pp.53-57.

mer erudito de España. Así dice que “tenía complexión fuerte que nunca exigía cuidados, un cerebro que nunca pedía descanso. Uníase a esto una increíble rapidez de percepción. Leía con triple velocidad que la ordinaria, y de sus incesantes lecturas guardaba, con un felicísimo acierto seleccionador, raudales de nociones en su robusta memoria” (34). Asegura que debido a ello se forjó en torno suyo toda una leyenda popular acerca de su sabiduría.

Hemos expuesto como vieron a Menéndez Pelayo sus contemporáneos con sus claroscuros y la herencia que dejó de una obra abundante y sugestiva para el estudioso, unido a una biblioteca particular dotada de una gran riqueza bibliográfica.

Surge en estos momentos la pregunta sobre el futuro de Menéndez Pelayo y de su obra en el siglo XXI. Su discípulo Bonilla dejó un capítulo en la biografía de su maestro con el título: “Lo que representa Menéndez Pelayo en la Historia Española”. En este sentido, resalta los valores del maestro, tanto en la forma de expresión con su “prosa enérgica y vibrante”, como en la “profundidad y extensión de su influencia, propia del genio. Era a la vez, nos dice, un gran patriota, con un temperamento humanista. “Baste proclamar, que la obra de Menéndez Pelayo, en lo que respecta a la rehabilitación de nuestro pasado histórico, es de tal entidad, que le hace acreedor al eterno agradecimiento de nuestra Patria” (35).

Actualmente opino que no debemos preocuparnos por la vigencia del legado de su producción escrita. Menéndez Pelayo no es hoy día un autor acabado e inactivo bibliográficamente, como otros de su generación. El mal uso que se hizo de su nombre en el siglo pasado durante la dictadura ha quedado atrás. Se precisa, sin embargo, actualizar su Biblioteca, que funciona bien, pero necesita incorporarse a las técnicas modernas de consulta. En cuanto al legado de su obra, en la actualidad existe un compromiso

³⁴ *El Diario Montañés*, 29 de mayo de 1912. Ver el Apéndice.

³⁵ Bonilla y San Martín, *Marcelino Menéndez y Pelayo* ob. cit., pp.161-171.

adquirido por la Real Sociedad Menéndez Pelayo de llevar a cabo una reedición crítica de toda su obra en manos de especialistas. Eso y la proyección de su nombre con el Boletín de la Biblioteca y otras publicaciones, así como la realización de cursos y congresos han significado una revitalización de su nombre y de su obra histórica, literaria y filosófica.

APÉNDICES

Menendez Pelayo

Los estudios serios, el culto a la idea por la idea misma, la religión de lo abstracto, el afán de agrandar los usuales términos a que limitan su ambición de saber los más devotos de la ciencia, tienen pocos entusiastas en los años presentes.

Expedito y llano el camino de las grandezas positivas para quienes van en su busca con la osadía por mentora, la desaprensión por compañera y toda suerte de audacias por bagaje, fuera exigencia insólita que provocaría burlas sin cuento pedir a los que por tal camino marchan –contentos de la suerte y de sí mismos– un cambio radical de rumbo, de aspiraciones, de anhelos, no poniendo ante sus ojos por premio final de la jornada otra compensación que la gloria. ¡La gloria pura, la gloria escueta; aplausos, plácemes, elogios, admiración; gratitud inmediata de pocos, futuros homenajes, renombre y memoria perdurables...!

Esta compensación no puede luchar con las obtenidas sin más trabajo que sentar plaza en las huestes políticas empuñadas en lucha encarnizada e incesante, disputándose el dominio de las masas, el manejo de la fortuna de todos, los medios de satisfacer apetitos propios y ajenos (sic), sean los que sean. Anualmente, y en creciente progresión, los centros educativos de los pueblos latinos lanzan a los azares de la vida pública millares de inteligencias clarísimas, ligeramente aficionadas a la bondad que en lo pasado existe, preocupadas únicamente de avanzar, de lograr notoriedad iniciando, creando, produciendo; como si fuese posible producir algo nuevo; como si el hombre pudiera crear; como si las iniciativas no fueran directa resultancia de repetidos hechos, y no requiriesen un conocimiento exacto de estos hechos para que la resultancia sea perfecta y provechosa.

Lanzarse al porvenir conociendo por modo incompleto el presente, exenta la juventud de las amarguras del vivir; y desconociendo lo pasado en cuanto de grande y magnífico encierra, equivale a desafiar las tempestades oceánicas sin brújula y sin timón,

sin máquinas o sin velas. Caen otros en la opuesta exageración; apartan la vista del medio en que nacieron, y poniéndola con nostálgico fervor en la antigüedad, estiman superiores e inimitables las bellezas del clasicismo: al clasicismo hacen converger las energías de su entendimiento, y fuera del clasicismo no admiten sino consecuencias, efectos, manifestaciones reflejas, sin color ni líneas ni tonos propios del amor de sus amores retrospectivos.

Huir estos censurables extremos, aunar el ayer grandioso con el hoy progresivo, descubrir en lo que fue maravillas ignoradas y a las veces remitidas a la acción de venideros días; resistir la corriente impetuosa de las ambiciones juveniles, prefiriendo al llano y expedito camino de que hablamos antes la vía estrecha y fatigosa de la investigación, el estudio, la meditación y el análisis, ha sido la empresa librada victoriosamente por el docto español Don MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Docto, hemos dicho, y a pocos, en justicia, cuadra la calificación –refrendada por los más doctos de todos los países– como al joven catedrático de la Universidad de Madrid. Sus poderosas facultades se han mostrado vigorosísimas en variados aspectos, mostrándole humanista consumado, historiador concienzudo, crítico, sabio, bibliógrafo eminente.

Al leer esto, muchos lectores mirarán el retrato y sonreirán creyendo incompatibles los adjetivos usados con los pocos años del que los inspira y los merece. Menéndez Pelayo ha vivido mucho en poco tiempo; el caudal de sus obras es matemático equivalente del fuego de su adolescencia, de la virilidad de su cerebro. Sintió brios para romper el molde y el nivel de los sabios entre quienes aprendió a serlo, y rompió, agrandando el molde, alzando el nivel; vio abandonados los campos fecundos de la historia, y por ellos entró cultivándolos cariñoso, premiando sus desvelos y fatigas los ricos frutos por él cosechados abundantemente para enseñanza de muchos y deleite de todos.

Ya en sus albores literarios acusó brillantemente ser helenista de buena cepa, no ahondando a la manera que Valera ahonda los autores del pueblo inmortal; sino concretándose a beber en ellos

inspiración y belleza, para después verterlas a raudales en sus poesías, menos populares de lo que debieran ser, y más criticadas cuanto menos entendidas por esa crítica que se paga del machaqueo de consonancias y asonancias, y de otras exterioridades sin las cuales no concede valor al pensamiento rimado.

Y pese a este género de crítica decadente y sin autoridad, por fortuna de las letras, Menéndez y Pelayo es poeta y poeta magistral; por ser poeta y por ser ultramontano, le recibió la Academia Española, como heredero digno de otra gloria patria, Hartzembusch, aunque no fueron los gustos del autor de *Los Amantes de Teruel* los mismos de Menéndez y Pelayo.

En su propensión de investigador y en su amor a conocer lo bello en sus orígenes, Menéndez y Pelayo buscó en Grecia lo que antes de él, y salvo contadas excepciones, habían tomado todos los llamados helenistas de las versiones latinas; pues sabido que al latín debemos el conocimiento del clasicismo griego y que el clasicismo español no fue más allá del latinismo. Sedito insaciable, y a fuer de sediento, infatigable escrutador de los sitios donde brotan las aguas más puras y cristalinas, desdeño la erudición de tercera mano en que se *abrevan* tantas lumbreras endiosadas, yendo en pos de la apetencia y existente en el eterno manantial estético. Asimismo, convencido de que la historia es algo superior al cronológico sumario de sucesos, y al catálogo de semblanzas y perfiles personales, única tarea de muchos historiadores faltos de libertad para emitir opinión imparcial y juzgar desapasionadamente las cosas que vieron y los hombres que trataron, legándonos temas que desarrollar, claros que llenar, oscuridades que desvanecer y vaguedades que aclarar, si queremos darnos cuenta y razón del *porqué* de tales vaguedades y misterios; convencidos también de esto, decimos, el Sr. Menéndez y Pelayo escudriñó archivos, revolvió legajos, aunó cabos sueltos, desempolvó infolios, enlazó el lenguaje escrito de los fragmentos hallados en desvanes y rincones de las bibliotecas con el lenguaje elocuentísimo de la epigraffa, pródigamente dispersa en fachadas y muros, en castillos y conventos, en estatuas y sepulcros; llegando a reconstituir periodos enteros y a resolver satisfactoriamente sus dudas, sus ansiedades, los problemas engendrados por las omisiones o injusticias

de los narradores conocidos.

Así nació la *Historia de los heterodoxos españoles*, verdadero monumento de la ciencia y crítica histórica. Así nacieron las enseñanzas notabilísimas de lo que fueron en España las ideas estéticas; así han nacido las varias monografías, memorias y demás trabajos sueltos con que enriquece el señor Menéndez y Pelayo la bibliografía nacional.

Católico convencido, católico hasta la médula de los huesos, Menéndez y Pelayo ha penetrado en el paganismo sin perder un átomo de su fe cristiana, y ha buceado los senos de la heregia (sic) sin detrimento de sus arraigadas creencias.

Recuerda en sus traducciones horacianas la placidez, la serenidad, la ternura de Fray Luis de León, pudiendo tenersele por su igual en nuestra centuria. No alardea de su credulidad religiosa queriendo imponerla; la muestra sin arrogancia, y jamás la disimula. Gústale sobremanera los líricos místicos del siglo de oro, y pudiera aventajarlos si en hacerlo pusiera empeño. Pensador de alto vuelo, emite conceptos propios, y glosa los percibidos embelleciéndolos con las galas de su ingenio.

Es, en suma, el prototipo del sabio moderno que de los demás toma lo provechoso, y continuamente sirve a la ciencia en la quietud de un vivir sosegado, en el cual nada influyen las agitaciones del mundo, las asechanzas envidiosas, las desmedidas alabanzas.

Al no haberse abusado tanto del símil, en ningún humano tendría la abeja el parecido perfecto que la encontramos con Menéndez y Pelayo. De las flores galanas de la antigüedad ha libado y sigue libando la miel sabrosa que sus libros contienen.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo es santanderino; paisano de Pereda, el maestro de los novelistas españoles contemporáneos, y de Amós de Escalante, que renueva en rica prosa el esplendor del áureo siglo.

Santander y Barcelona labraron la base de su educación; en la

capital de Cataluña, con las lecciones de Rubió y Ors (el ilustre *Gayter del Llobregat*) y de Milá y Fontanals, tomaron cuerpo sus aficiones clásicas, robustecidas con la lectura del inspirado Cabanyes; al cual se parece mucho Menéndez Pelayo en la elevación del concepto, en la palabra diáfana y escultural, en lo severo y gallardo del verso, robusto y sonoro, suelto para mejor lucir la magia de su armonía inimitada.

Causó asombro en los círculos literarios y científicos españoles la noticia de que un joven recién doctorado había ganado en pública y reñida oposición una cátedra en la Universidad de Madrid. Quien a los 21 años conquistaba posición semejante, había de ser y valer mucho. La pregunta apareció en todos los labios; Menéndez Pelayo la satisfizo cumplidamente. Los estudiantes propagaron pronto la sabiduría del maestro imberbe, los *Heterodoxos* confirmaron lo averiguado por los estudiantes y sabido por los contados amigos y protectores del profesor, y a los dos años de entrar en la Universidad por la puerta grande, entraba solemnemente en la Academia Española; siendo recibido con regocijo unánime de los *inmortales*, según declaró D. Juan Valera, contestando al académico nuevo. De la Academia de la Lengua a la de la Historia, tardó poco Menéndez Pelayo. El Ateneo de Madrid llamole a sus solemnidades diferentes veces; el Consejo de Instrucción pública le tuvo pronto como uno de sus más asiduos y laboriosos individuos, y las Cortes le vieron sentar en los escaños rojos e intervenir provechosamente para la enseñanza y las detrás en los debates.

En este mismo lugar, y a propósito de otra celebridad española, rechazábamos los cargos hechos a España repetidas veces de ser un pueblo decadente, un pueblo falto de fisonomía propia en el terreno político; justificábamos la inexactitud de cargos tales, utilizando los hechos acometidos por aquella celebridad, y citando los adelantos introducidos en los organismos político-administrativos de nuestra patria. Más frecuentes y más injustos y más duros son los cargos motivados en la vana suposición de que intelectualmente es un país atrasadísimo el país de Andrés Laguna

y Feijóo, de Domingo de Soto y Lagasca; se tiene la creencia de que únicamente vivimos allá la vida intelectual traducida del francés; que nuestros poetas mejores plagiaron a Chenier, Musset y Víctor Hugo; que nuestros Cortina, Pacheco y Martos, fueron en lo forense, copias de Berryer; que los historiadores Conde de Torreno, Lafuente y Valera, imitaron a Thiers y Guizot; que Galdós se parece a Erckman Chatrian; que Fortuny y Pradrilla y Casado del Alisal, pintaron con los métodos de Meissonnier y Bonnat y David a la vista; y cualquier expresión artística, cualquier manifestación ideológica, es tachada galóficamente conocida.

No, no es exacto. Demuéstralo gráfica y cumplidamente, y como él hay bastantes, el Sr. Menéndez y Pelayo, resucitando españolas joyas enterradas en el olvido, y produciendo su talento otras no menos valiosas, en cuya preparación, labor y pulimento no entra nada que no sea español. Suele pecar Menéndez Pelayo de españolismo, y así lo advierte su amigo y censor Valera en el prólogo que puso a la colección de sus poesías, y tal pecado prueba cuánto le duele la repetición de los mismos reproches, contra los cuales tenemos que protestar nosotros frecuentemente.

Menéndez Pelayo tiene muchos amigos en la América latina. Aquí ha sido comentado y criticado y ensalzado por escritores distinguidos y pensadores de nota, especialmente por crítico de tanta valía y tan inspirado poeta como Calixto Oyuela (1857-1935). Sus libros están en manos de toda persona ilustrada; con ellos alegra sus vigiliass el filósofo, en ellos encuentra el poeta modelos a qué ajustar las expansiones de su fantasía.

A la estimación que aquí le tienen, al cariño que aquí le profesan, corresponde Menéndez y Pelayo dedicando atención preferente a la historia y a la literatura americanas, acerca de las cuales es probable publique un resumen de juicios e impresiones, testimonial expresivo de cuanto quiere a la región hermosa donde floreció Andrés Bello, y Ricardo Palma vive.

Galería de Españoles Ilustres. Retratos y biografías publicados por "El Correo Español", Tomo I, Buenos Aires, 1893, pp. 129-132. Introducción por Carlos M. de Egozcu

Menendez Pelayo

Menéndez Pelayo ha comenzado por el fin. Académico (de todas la Academias), sabio, maestro, todo lo ha sido y todo lo que es, y lo es, ¿a qué negarlo?, con perfecto y legítimo título; porque a esta cúpula de sus triunfos le ha puesto un pedestal macizo, de cal y canto, el de su bien nutrido espíritu crítico, en el cual ha hecho progresos visibles. Desde sus primeras y apasionadas (rayanas en lo injusto) polémicas con el malogrado Revilla, y desde su célebre *Historia de los Heterodoxos* hasta su *Discurso sobre la Historia* y su más valiosa obra *Historia de las ideas estéticas*, media un progreso evidente: de polo a polo van unas y otras producciones y en tan largo espacio rellenas están de un espíritu de investigación, pormenor y detalle, propios de un *studiosus* avaro.

Sabe Menéndez Pelayo *mirar y ver*. Quizá en el ver le falta alguna condición esencial del crítico, que es la de intentar (por lo menos) síntesis relativas de su misma cultura, corriendo a veces el grave riesgo de mirar y mirar y contar arbustos y árboles y no ver la selva. Pero ni aun esa falta puede señalarse como irremediable, pues si el talento de Menéndez Pelayo ha entrado de lleno en el periodo de su madurez, nadie se atreverá a asegurar que se halla al término de su desarrollo.

En lo que no tiene igual (al menos en nuestro país) Menéndez Pelayo es en saber mirar y ver el mundo clásico, cuya vida reproduce con una plasticidad que excede a todo elogio. Hombre de creencias macizas (quien sabe si con quiebras y grietas), cuando evoca el clasicismo parece un pagano. Llevará ese mismo espíritu comprensivo y aplicará esa misma amplísima perspicacia a otros estados de cultura y no hubiera intentado precipitadamente la traducción de Shakespeare. De ella ha desistido, y de su intento ha cosechado muchas y muy profundas enseñanzas, en parte indicadas en sus conferencias sobre Calderón de la Barca. Percibe con suma facilidad el medio exterior, aprecia la ley de continuidad biológica que preside lo mental y que rige lo fisiológico; toma, en una palabra, el protoplasma y todas sus manifestaciones evolutivas con precisión; pero ¿por qué ahonda aún más y

se deja de contar árboles? ¿Por qué ha de ir de rama en rama y no ha de llegar al tronco y a la raíz?. Tal vez para evitar acometer semejante empresa, que desde luego no es superior a sus fuerzas, huye premeditadamente de la crítica contemporánea.

El trascendentalismo de sus creencias va ya, por fortuna, reincidiendo en latitudinarismos que son nuncio venturoso de que en día no lejano personifique Menéndez Pelayo, con su privilegiado talento, la tolerancia que imponen de consuno la razón y las costumbres.

González Serrano, Urbano: *Siluetas con retratos y autógrafos*, Madrid, R. Rodríguez Serra, 1899, pp. 60-65.

Menendez Pelayo

Entrevista madrileña *Nuevo Mundo* publica el siguiente notable artículo de don Ramón Menéndez Pidal, uno de los discípulos predilectos del glorioso autor de la *Historia de los heterodoxos españoles*:

La impresión de dolor que en toda España ha producido la muerte de Menéndez Pelayo es consoladora muestra de la simpática compenetración de un pueblo con su genial compatriota, dolor perfectamente unánime, sin nada del juicio adverso que siempre empaña a las otras grandes popularidades apoyadas en un partido o en el vulgo.

Llevando la más retirada vida de trabajo, Menéndez Pelayo había logrado la máxima popularidad que suele estar reservada a otros géneros de actividad más estruendosa. La vida de este sabio consagrada entera al culto del alma poética de su raza, vida absolutamente pura de toda ambición que no fuese el mayor fruto y esplendor de los estudios que cultivaba, había llegado a interesar a todos.

Hasta había llegado a formarse en torno suyo un comienzo de leyenda popular: Menéndez Pelayo lo sabía todo, lo había leído todo y sobre este tema se afirman curiosas anécdotas.

Ciertamente que después de este juicio popular, es difícil decir nada que satisfaga la curiosidad general acerca de la personalidad literaria del grande hombre desaparecido.

Menéndez Pelayo estaba organizado para desarrollar el más intenso trabajo que puede concebirse. Tenía una complexión fuerte que nunca exigía cuidados, un cerebro que nunca pedía descanso. Uníase a esto, una increíble rapidez de percepción. Leía con triple velocidad que la ordinaria, y de sus incesantes lecturas guardaba, con un felicísimo acierto seleccionador, raudales de nociones en su robusta memoria.

Así ésta, a su vez, con una seguridad casi infalible, le proporcionaba en todo momento un tesoro de erudición que podíamos llamar espontánea, como no adquirida para el caso. El pensamiento no se detenía en la busca embarazosa del dato; tenía siempre a su disposición los múltiples términos de cada problema determinado, al cual dominaba de este modo con algo de esa visión divina que tiene todo presente delante de sí.

De aquí resulta que su cualidad más saliente era la comprensión altamente sintética de grandes conjuntos. Como el que otea desde una cumbre la región que a sus pies se dilata, Menéndez Pelayo aprecia sobre un vastísimo campo de observación las grandes corrientes de cultura, los caminos por donde las influencias se propagan, los diversos núcleos de florecimiento, y descubre las relaciones que median entre puntos muy distantes entre sí y que vistos más de cerca podrían aparecer aislados.

Por esto Menéndez Pelayo pasada su primera juventud de lucha y polémica (que comprende desde los 20 a 25 años de edad, en los cuales escribe como obras principales *La Ciencia Española* y *Los Heterodoxos*), consignó decididamente su actividad a la obra más conforme con su genio de escritor, a la famosa *Historia de las ideas estéticas en España*, publicada entre los 26 y los 35 años de edad, juntamente con otra multitud de volúmenes, artículos de revista, prólogos y discursos.

La producción fácil y llena de frescura, la fecundidad asombrosa, es otra de las cualidades que más sobresalen en Menéndez Pelayo. Su actividad llega al máximo en el tercer periodo de su vida, que comprende desde los 34 hasta los 46 años de edad; durante estos 12 años desarrolla dos series de publicaciones simultáneas: la *Antología de líricos castellanos* y las *Obras de Lope de Vega*, cada una de las cuales bastaría para llenar una vida. En fin, el último periodo, que comprende los diez últimos años, tiene como publicación central la de los *Orígenes de la novela en España*, obra de pleno desenvolvimiento de todas las cualidades excelentes del maestro, y acaso la que tiene más interés universal, por su asunto en continua relación con las literaturas de todos los países.

Menéndez Pelayo, además de ser el primer erudito que España ha tenido, era, sobre todo y ante todo, artista soberano de la crítica estética. Este arte se manifiesta principalmente en la *An-tología* y en los *Orígenes de la novela*, donde las apreciaciones de las obras capitales allí estudiadas se destacan en páginas escritas con un esmero especial, como las consagradas a Raimundo Lulio, hito, a don Juan Manuel, al Arcipreste de Talavera, al Amadís, a la Celestina, a Fray Antonio de Guevara, a Jorge de Montemayo...; todas son caracterizaciones estéticas de gran relieve, primorosamente esculpidas con un delicado gusto, vigorosamente atroqueladas con toda la fuerza de una erudición tan selecta como vasta.

Estas páginas, imborrables en la memoria del que las ha leído, así como el estilo corriente del autor, lleno de elocuencia y al mismo tiempo de frescura, hacen de los estudios de Menéndez Pelayo una obra de arte que conservará vida duradera a pesar de lo que hayan de avanzar mucho más allá la erudición y la ciencia.

Resta, por último, decir que las cualidades de Menéndez Pelayo eran más admirables aún, si cabe, en la conversación que en lo escrito. Sobre cualquier cuestión que se le hablase, se hallaba siempre en él una memoria copiosa, indefectible, de multitud de datos del problema tratado: un pensamiento comprensivo, escrutador de vastos horizontes: una frase caldeada; es decir, las mismas cualidades de doctrina y de arte, que en sus escritos parecen fruto de una castigada elaboración, brotaban espontáneas en su conversación, sin el menor esfuerzo ni propósito. Parecía que al acercársele alguien en demanda de saber, emanaba de sus labios algo como virtud maravillosa de que él mismo no se daba cuenta.

Siempre se hallaban en él raudales de saber y de cariño inagotables. Su interés, su benevolencia, por todos los que eficazmente trabajaban en el terreno de la erudición histórica, hacían que a su alrededor se agrupasen todos cuantos surgieron en los años de mayor florecimiento del maestro, procedentes de los más diversos campos y regiones, sin distinción de ninguna clase. Muer-

to él, esta familia literaria se siente quebrantada y deshecha, como cuando falta el buen padre.

Ciertamente, el amargo sentimiento de soledad que la muerte de Menéndez Pelayo deja en el alma de cuantos le debemos parte de nuestro ser, sólo es comparable al que dejan las mayores pérdidas familiares. Su venerable recuerdo nos acompañará doloroso, y eficaz como un aliento para el ingrato trabajo, hasta el fin mismo de la vida.

R. MENÉNDEZ PIDAL

El Diario Montañés, 29 de mayo de 1912

“A su ilustre y sabio amigo, D. Marcelino Menéndez Pelayo, en prueba de su amistad y de su admiración por él y por su saber. Emilio Castelar. Rubricado”